tra de toda institución y de toda secta" (pág. 199). La verdad es que nadie sabe qué era el nadaísmo, aparte de la referencia anárquica de su nombre, porque como dice el presentador, siempre se afirmó por sus negaciones más que por sus afirmaciones. De la fuerza de estas ideas dice mucho que lo que empezó tratando de socavar las instituciones no dejó con los años más que unos cuantos lagartos de coctel.

Aunque me parezca fascinante la figura del profesor Ernesto Guhl, no creo que su obra haya tenido mayor influencia en el pensamiento nacional. Personaje para eruditos, especializado en ciencias que apenas sí existían en Colombia, puede aparejarse en el ámbito literario con el de don Ernesto Volkening o en el antropológico con el de Gerardo Reichel-Dolmatoff, estudiosos europeos de gran relieve exiliados por el destino en nuestro país. Un geógrafo humanista es un personaje conmovedor y, ojalá, útil. La falta de cambio en el paisaje cultural es uno de los grandes problemas colombianos, dice en una entrevista. "No hay más destino sobre la tierra que aquel que el mismo hombre se da". Su otro aporte importante es aclarar que las causas del deterioro del medio ambiente son problema de las ciencias sociales.

Y si en este libro está doña Virginia Gutiérrez de Pineda, espero que no se olviden de Luis Duque Gómez, a quien le debemos los colombianos casi todo lo que sabemos de la cultura agustiniana. A la muerte de Marta Traba en el famoso accidente del Jumbo de Avianca en Barajas en diciembre de 1983, los que éramos muy jóvenes echamos de menos a su esposo, el crítico Ángel Rama, más que a Marta Traba. Yo, personalmente, descansé de su voz chillona, desagradablemente aguda, de su dogmatismo trasnochado y de su crítica absolutamente destructiva. Aunque sus conceptos sobre arte son muy liberales y opuestos en un todo al arte "comunista" y comprometido. Y como Marta Traba no puede escribir sobre Beatriz González, Beatriz González escribe ahora sobre Marta Traba.

A algunos autores se les sale la forma universitaria, tan árida y floja en el terreno de la amenidad. Por supuesto hay biografías de mayor calidad que otras, pero el resultado general, bastante parejo, habla bien del cuidado de los editores en la elección de los autores y en el trabajo de los textos, no tanto en la parte puramente mecánica de la edición, en la cual hay errores en el tamaño de la letra, que indican erróneamente que se trata de una cita y no del cuerpo del trabajo del autor, así como en algunos subtítulos mal puestos y, sobre todo, en citas con la referencia no del todo correcta, aparte de un sistema de referencias bastante complicado, basado en el año de publicación.

Un gran número uno a la derecha del título, escondido en el reborde, podría ser parte del título y significar que éste es apenas el primero de varios tomos sobre el mismo tema. Así lo espero. A mí personalmente se me quedan muchos nombres en el tintero, tan valiosos o más que los aquí reseñados. Al parecer, según el prólogo, éste es apenas el primero de cinco volúmenes sobre cien personajes que ya estarían escogidos. Eso querría decir, aunque tampoco esto es explícito, que los primeros veinte son una muestra escogida al azar entre los cien. Si ello es así, sólo resta agregar: ojalá no se queden en el primer volumen.

Otra constatación sorprendente. Creo, y tengo motivos para creerlo, que los jesuitas ya ni se dan cuenta de lo que patrocinan y prohíjan. Mejor que sea así. En este libro no hay censura por ninguna parte. La Javeriana, recinto tradicional del pensamiento conservador, alberga con comodidad a contradictores que hubieran provocado expulsiones y polémicas cincuenta años atrás... El libre pensamiento se les coló por la puerta de atrás y se está viviendo dentro de sus claustros universitarios.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Nuestra pobre historiografía sobre la educación

Legitimidad y cultura. Educación y cultura política en los Estados Unidos de Colombia, 1863-1886
Jorge Enrique González
Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Bogotá, 2005, 262 págs.

Después del libro, ya lejano y clásico, de Jane Rausch acerca de la reforma escolar liberal de 1870, cuya primera edición data de 1967 (cuando la autora ni siquiera se llamaba Jane Rausch), el panorama de la historiografía de la educación en Colombia durante el siglo XIX es bastante raquítico. Por eso, es alentador encontrar en los investigadores actuales estudios en que se ha escudriñado de nuevo ese tema. Es curioso cómo un país que no ha logrado resolver problemas básicos de cobertura en la educación pública, que no logró consolidar la escuela como mecanismo de formación de ciudadanos y de unidad nacional o que convirtió la profesión de maestro de escuela en algo desprovisto de trascendencia, no haya hecho una reflexión juiciosa acerca de los problemas de construcción de un sistema nacional de educación primaria desde los principios de la formación del estado republicano.

Con la esperanza de encontrarnos con un libro innovador y sugestivo sobre un asunto que parecía desahu-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

ciado por nuestra comunidad de científicos sociales, leímos el estudio del profesor Jorge Enrique González. Su libro se compone de dos partes y un brevísimo epílogo. La primera está dividida en seis capítulos que tratan de reconstruir el proceso de reforma de la instrucción pública liderado por el radicalismo liberal, desde 1867 hasta los inicios del proyecto cultural y político de la Regeneración. La segunda parte comprende dos capítulos consagrados al examen del problema de la legitimidad durante el proceso de formación republicana y a la explicación del triunfo del proyecto "tradicionista" liderado por una vertiente de dirigentes conservadores. En esta parte hay un capítulo —una especie de agregado cuyo lugar al final del libro parece poco apropiado— en el que el autor intenta hacer un examen del problema de la modernidad en los países hispanoamericanos durante el siglo XIX, a la luz de "la teoría de la evolución cultural" de Jürgen Habermas.

En la primera parte de su libro, González nos advierte que decidió concentrarse en el caso del Estado Soberano de Cundinamarca, porque afirma que "la posición estratégica" de este Estado le permitió constituirse en "epicentro de los esfuerzos reformistas" de la elite liberal radical que abanderó el proyecto de instrucción pública. En el primer capítulo examina los alcances y las limitaciones del decreto orgánico de 1870, las características generales de la reforma educativa y analiza la contradicción entre la formulación de un proyecto educativo centralista y una organización político-administrativa federal. En el segundo capítulo describe la aplicación de la reforma educativa en el Estado de Cundinamarca; aquí se apoya en algunas estadísticas que contribuyen a comprender las dificultades en la puesta en marcha del proyecto educacionista liberal. Los capítulos tercero y cuarto están dedicados, respectivamente, a la puesta en marcha del sistema de escuelas normales y al establecimiento de la Universidad Nacional. González se detiene particularmente en la caracterización de la comisión pedagógica alemana y en el papel que cumplieron los maestros normalistas alemanes en el Estado de Cundinamarca. El capítulo sobre la Universidad Nacional es bastante somero y se detiene en presentar algunos antecedentes relevantes sobre la educación universitaria del siglo XIX, también analiza los primeros conflictos en que se puso en tela de juicio la autonomía universitaria. Los capítulos cinco y seis muestran el declive de la reforma instruccionista, analiza el peso de la oposición de la Iglesia católica colombiana que desembocó en la guerra civil de 1876.

El principal reclamo que se le puede hacer a este trabajo es haber elegido concentrarse en el caso de Cundinamarca. El autor debió demostrar, con base en algunos elementos comparativos, la pertinencia de haberse concentrado en el análisis de uno de los estados en desmedro de una visión de conjunto que permitiera entender el alcance o las limitaciones del proyecto educativo liberal a nivel nacional. Creer que el Estado Soberano de Cundinamarca fue "la punta de lanza" del sistema de instrucción pública que intentó implantar la dirigencia radical puede llevar a una distorsión en la comprensión del proceso. Una visión comparada podría haber demostrado, por ejemplo, que el fortín del radicalismo estuvo en Santander y no en Cundinamarca. Una superficial mirada sobre las prácticas asociativas que se agitaron en torno al problema escolar, puede mostrar que precisamente en Cundinamarca, como en Cauca, hubo una movilización del catolicismo intransigente que se opuso a la expansión de la escuela laica y republicana, y que permitió la difusión de la escuela católica. También una somera evaluación del caso de Santander nos puede mostrar que fue el único estado en el que hubo una plena implantación de las *Sociedades de Institutores*, un mecanismo asociativo impulsado por la legislación escolar con el fin de difundir y consolidar el proyecto educativo radical. Es decir, fue en Santander donde hubo una movilización más decidida del notablato liberal, incluyendo a algunos curas, en favor del proyecto instruccionista. Así, la elección del caso de Cundinamarca debió fundamentarse en otros factores.

Cundinamarca pudo haber sido, más bien, el estado donde los enfrentamientos entre el proyecto cultural del liberalismo radical y el proyecto católico produjeron un amplio espectro de prácticas asociativas y de disputas por el predominio en el mundo de la opinión pública. En Bogotá se concentraron los grandes periódicos liberales instruccionistas, entre ellos se destaca el Diario de Cundinamarca, y también los grandes periódicos que divulgaron el espíritu católico intransigente, como La Caridad y El Tradicionista, principalmente. Fueron los miembros

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

del *Olimpo radical*, reunidos en Bogotá, quienes se dedicaron a enunciar los grandes principios orgánicos para el funcionamiento del sistema nacional de instrucción pública. Fue en Bogotá donde comenzó el proceso de instalación de bibliotecas escolares con un acentuado espíritu secularizador o, al menos, con el decidido propósito de imponer un tipo de lecturas que cuestionaba el tradicional predominio del libro católico. También fue en Bogotá donde funcionó un circuito de librerías centrado en la disputa por la hegemonía en la circulación de la literatura presuntamente laica o del tradicional devocionario católico. Sin embargo, ninguno de estos factores que podían favorecer una mirada estrechamente bogotana o cundinamarquesa sobre las reformas educativas radicales aparece examinado por el libro de González.

Precisamente, el intento de expandir la institucionalización de una biblioteca liberal ha sido un elemento de análisis desdeñado por la historiografía colombiana. Aún más, el análisis cuantitativo y cualitativo de la pequeña pero significativa industria cultural que acompañó el funcionamiento episódico del sistema escolar liberal es indispensable para comprender el alcance del proyecto educativo, más allá del número de escuelas que lograron instalarse en cada Estado a nombre de la instrucción laica y republicana. La historiografia colombiana ha despreciado el análisis de los listados e inventarios de las bibliotecas circulantes que alcanzaron a funcionar, las listas de donaciones y adquisiciones de libros que informan sobre una incipiente pero decidida secularización del patrimonio bibliográfico y una relativa popularización del libro. En otras palabras, sigue siendo necesaria una historia de la educación inscrita en una historia de la cultura.

En la segunda parte, González se detiene en "el problema de la legitimidad". El autor acierta en identificar la índole del dilema y de los principales discursos que se opusieron por lograr el control del proceso de construcción del Estado-nación, luego de la emancipación del dominio español. Su análisis, en este terreno, tampoco es novedoso. Una visión de conjunto sobre ese problema ya la conocemos por medio de los brillantes ensayos de François-Xavier Guerra, o por los aportes clásicos de Jaime Jaramillo Uribe. El debate entre el utilitarismo y el doctrinarismo católico ya ha sido suficientemente examinado por nuestra historiografía. En todo caso, el paso del súbdito al ciudadano, el vacío de legitimidad provocado por la ruptura con respecto a España, la transición entre el dominio tradicional de la Iglesia católica y la implantación del liberalismo demanda aún exámenes empíricos que den cuenta de lo que precisamente Guerra habría llamado la geografía de expansión de esa modernidad o, para ser más exactos, la geografía de las pugnas por la implantación y la permanencia de uno u otro modelo de sociedad republicana, aquel tutelado cultural y moralmente por la Iglesia católica o aquel fundado sobre los lemas de la modernidad liberal.

En el capítulo ocho, González nos lleva a una caracterización del núcleo de dirigentes del "tradicionismo" colombiano; es decir, de los representantes del catolicismo intransigente en Colombia. Para este autor, la "facción tradicionista no entró en coaliciones esporádicas con el Partido liberal". Esta afirmación es, a nuestro juicio, un error craso en la interpretación del proceso de adaptación de la Iglesia católica y de la elite conservadora en Colombia a las exigencias y hostilidades del proyecto liberal de modernidad. Precisamente, una de las figuras centrales del catolicismo intransigente, como Miguel Antonio Caro, fue uno de los adalides de la alianza conservadora con el liberalismo moderado, encabezado por Rafael Núñez. Esa alianza fue, además, el fundamento de la derrota infligida al radicalismo y, en consecuencia, del ascenso del proyecto político y cultural bien conocido como la Regeneración. Hay que recordar que, hacia 1871, Caro funda en Bogotá el Partido Católico, una virulenta expresión del proceso de romanización del catolicismo colombiano, de la adopción dogmática del principio de infalibilidad del Papa y de difusión del antiliberalismo enunciado el *Syllabus errorum*. Ese Partido Católico fue la reacción más inmediata contra la escuela laica que preconizó el radicalismo. Sin embargo, el mismo Caro, hacia 1876, participó de la alianza con la corriente liberal moderada que se plasmó en el Partido Nacional.

El autor debió, en este caso también, ahondar en las diferencias regionales del notablato conservador; el catolicismo intransigente de Antioquia fue menos proclive que el de Bogotá a las alianzas con la elite liberal. En Antioquia, la movilización ultramontana fue más sistemática, el laicado conservador estuvo más comprometido con la defensa a ultranza de la religión católica. Mientras tanto, los publicistas conservadores en Bogotá, como Caro, José Joaquín Ortiz y José Manuel Groot combinaron la exaltación del programa antiliberal del *Syllabus* con las alianzas políticas que terminaron por aislar al círculo de políticos radicales. Caro sintetizó, en buena medida, la solución de compromiso entre el respeto de principios políticos de organización republicana y de reivindicación del papel central de la Iglesia católica en la construcción de un Estado confesional, republicano y católico. Tampoco se puede olvidar que

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

en algunos editoriales de El Tradicionista, el intransigente Caro admitió que era indispensable recuperar el poder político, superar la marginación conservadora de los cargos públicos sin necesidad de hacer concesiones en materia religiosa.

El último capítulo es una tentativa de interpretación del conflicto que abarcó la segunda mitad del siglo XIX en Colombia y en buena parte de Hispanoamérica. El autor, por supuesto, no emplea una perspectiva comparada con respecto a otros países hispanoamericanos, pero concentra su análisis en una caracterización del conflicto en la oposición de modelos de organización de la vida republicana, uno sostenido por una cultura moral laica y otro por la tradicional cultura católica. Este último capítulo debió ser quizá el primero o ser la materia básica de la introducción de todo el libro. La estructura del libro de González es, por tanto, completamente descompensada.

Hay que admitir que el autor hizo una revisión prolija de fuentes, siguió las coordenadas básicas de lo que llamamos un marco histórico, pero repitió lugares comunes y retrocedió con respecto a lo que ya nos brindó, hace rato, el libro de Jane Rausch. Una visión "nacional" del problema político-religioso sigue siendo lo más apropiado; el camino del estudio de un solo estado fue una solución fácil. Esa omisión no le permitió al autor encontrar variantes regionales del conservatismo y del liberalismo colombianos, ni mucho menos le permitió hallar alianzas, matices, deslizamientos de actores y grupos. Por ejemplo, cómo funcionaron las escuelas normales, dónde y por qué logró erigirse la figura del maestro liberal como concreción de la lucha contra el antiguo predominio local del cura. Qué papel cumplieron los sectores populares en el proyecto de expansión del ideal del buen ciudadano. En el Cauca, he aquí otro ejemplo, las *Sociedades democráticas* tuvieron que presionar a la elite radical para obligarla a fundar escuelas nocturnas. En Santander, campesinos y artesanos organizaron colectas para dotar a las escuelas primarias. En la costa atlántica, los notables liberales eludieron responsabilidades en la organización de un sistema escolar. La prensa oficial instruccionista brinda testimonio de la desigual aplicación del proyecto laicizante liberal y de los obstáculos particulares que existieron. El examen de todo aquello sigue siendo necesario.

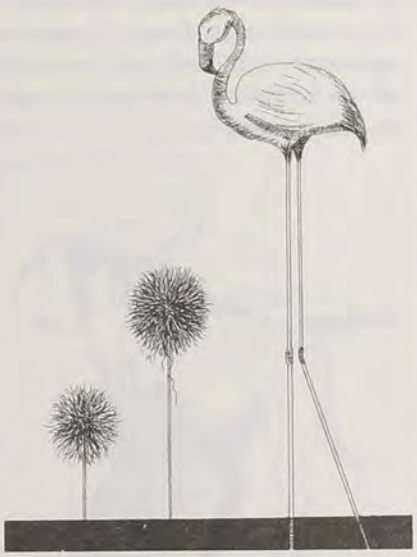
El mérito de González reside, entonces, en que al menos sacó del olvido un tema que parece haberse estancado en lugares comunes.

GILBERTO LOAIZA CANO

Recorrido histórico de festividades urbanas

Carnestolendas y carnavales en Santa Fe y Bogotá
Marcos González Pérez
Intercultura, Bogotá, 2005, 224 págs.

Este libro desafía una percepción muy extendida sobre Bogotá: la fría y lúgubre ciudad donde nadie ríe. Muy ligada a esto, la contraposición entre hedonismo y ser cachaco registrada por algunos de nuestros mejores intelectuales deseosos seguramente de oxigenar la montaña con las brisas marinas. De abrir la mentalidad bogotana, de sacudir las taras coloniales. Jaime Jaramillo Uribe, historiador y maestro si los hay, nos enseñó que desde tiempos coloniales la montañosa capital colombiana era reconocida como lugar intelectual, introspectivo, trascendente, pero nunca festivo. Los estudiantes, por su parte, especulaban con la idea de que el hedonismo de los indios precolombinos del altiplano era de bajo perfil, frío y gris como un día lluvioso en la carrera 10.ª. En 1933 una nota de El Tiempo afirmaba que la "famosa Atenas Suramericana no ha dado muestra alguna de tener talento para lo que más se necesita: para divertirse noble y gallardamente". La literatura cultivó metáforas sobre la ciudad de lluvia y paraguas. Y así todo el mundo contribuyó a forjar la leyenda negra de Bogotá, la ciudad de la eterna tristeza. Los cambios sociales y culturales vividos durante la segunda mitad del siglo XX han obligado a repensar esquemas y admitir finalmente lo evidente. La existencia de la fiesta bogotana.



Marcos González Pérez, historiador cuyo proyecto de vida es el estudio de la fiesta, ha escrito un libro dedicado a un objeto extraño pero muy de actualidad: los carnavales en Bogotá. Aunque la capital colombiana, como bien lo reconoce el autor, no da para un carnaval en el sentido de Río de Janeiro o Barranquilla, se trata de "propiciar una fiesta de nuevo tipo". El libro es su propuesta de

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.